

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

JUEVES 3 DE ENERO

SEMAMARIO DE CULTURA HISPANICA

El pensamiento de Bolívar

I

Si hay un hombre, en la historia de América, a quien se deban todos los homenajes de los ibero-americanos; una figura de primer orden ante la cual rindan pleitesía las naciones prohijadas en el mundo de Colón por España y Portugal; un espíritu cíclico como los grandes genios que honran al linaje humano; un semidiós para los destinos de la Raza, este hombre es Bolívar. Su obra no cabe en los límites de una patria. Su pensamiento, siempre superior a su «momento histórico», excede los contornos de las creaciones circunscritas, «demasiado humanas», y prevé el porvenir, se anticipa al destino y se convierte en ley, no ya de sus contemporáneos, sino de la más remota posteridad. Este mundo americano debería llamarse con uno de los egregios nombres que hoy ostentan, ufanas dos repúblicas de la estirpe: COLOMBIA, BOLIVIA. O el prócer genovés que determinó con su esfuerzo la geografía política del Continente o el prócer americano que lo soñó unido y libre, a despecho de todas las condiciones negativas de su acción, serían los únicos dignos de denominar con su propio y genuino heroísmo estas vastas tierras que se extienden desde el río Bravo hasta la punta austral de Chile. No AMÉRICA. AMÉRICA no. COLOMBIA o BOLIVIA. Los yanquis han usurpado la denominación genérica de nuestros pueblos. Llámense así mismos, y Europa los nombra: AMÉRICA. Reivindiquemos para nosotros estas denominaciones heroicas: COLOMBIA, BOLIVIA; y dejemos a los sajones la gloria de llamarse como el cartógrafo afortunado que usurpó al genio el derecho de apellidar a un continente.

II

La idea de una unión o liga americana fué del Libertador insigne. El redentor de Colombia, el héroe epónimo del Perú, no bien consumó su obra en la vieja «Ciudad de los Reyes»,

cuando se dirigió a los gobiernos de las demás repúblicas latinas, invitándolos a mandar sus representantes a un Congreso plenario con el fin de celebrar el nacimiento de la Anfictionía hispano-americana. México, Perú, Chile y Buenos Aires, habrían de discutir y firmar el protocolo diplomático de sus destinos en el Istmo de Panamá «colocado como se halla—, dice Bolívar—, en el centro del globo; viendo por una parte al Asia y por la otra al Africa y la Europa». Y agrega en confirmación de su pensamiento: «Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino».

El objeto del Congreso fijalo Bolívar en estos términos memorables: La Asamblea nos serviría «de consejo en los grandes conflictos; de punto de contacto en los peligros comunes; de fiel intérprete en los tratados públicos, cuando ocurran dificultades, y de con-

ciliador, en fin, de nuestras diferencias».

Corría el año 1822 cuando lanzó el Libertador su circular unionista. Es decir, la idea de una liga de naciones es tan vieja como las naciones mismas formadas con los despojos del inmenso poderío español. Y su autor es el hombre que derrotó a España en las jornadas gloriosas de Ayacucho y Junín.

III

«El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público, y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto con el de Panamá?...»

(Pasa a la página siguiente).

La muerte del Estado

HE aquí una defunción inesperada. No existe seguramente registro donde inscribirla. Después de que creció durante la gran guerra el poder y la influencia del Estado, de que se sometieron los hombres a su tutela, y un socialismo apresurado creyó realizar definitivas conquistas, los observadores más imparciales confiesan que decae el «monstruo frío» de Nietzsche y que va tal vez a escapar el individuo a su dura vigilancia.

Los grupos, los sindicatos, los *cartells*, las asociaciones gremiales aspiran a reemplazar al gobierno enflaquecido. Junto a los poderes oficiales se levantan autoridades sin mandato que intervienen en la economía nacional. En la Italia renaciente, el Fascio; en la Alemania fatigada, Stinnes. El primero se convierte en fuerza política consagrada, y conserva, sin embargo, su carácter original. Tiene milicia

propia, organizaciones que practican la violencia. Domina a los demás partidos por el temor, está resuelto a crear una nueva clase directora, a encauzar la opinión, reduce la actividad y la iniciativa del parlamento. Stinnes trata en pie de igualdad, en nombre de los industriales congregados con el poder civil; discute medidas de gobierno, ofrece salvar al Estado en bancarrota. Es un César económico, el Bismarck de la edad presente, dice de él el Conde Keyserling, que estudia la primacía de la finanza sobre la política en el inmediato porvenir de Alemania y de Europa.

En la misma Francia sensata, hostil a trasmutaciones radicales, en la república orgullosa de la victoria, también se desconfía del gobierno. Está enfermo, declaran espíritus audaces, es incapaz de dirigir la vida nacional. Los *Estados Generales* acaban de reunirse,